

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 308

Barcelona, 6 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

El pueblo apoya espontáneamente la obra del Gobierno, convencido del acierto de la gestión y de la necesidad de una estricta disciplina en el trabajo.

EL MINISTRO DE ECONOMÍA REALIZA UNA LABOR CONSTRUCTIVA

Las centrales de exportación garantizan al Estado el reembolso neto de las divisas y un rendimiento racional de la riqueza exportable

Aseguran al productor el valor íntegro del producto, eliminando la especulación y el agio

El agricultor español estuvo tradicionalmente a merced de un comercio sin escrúpulos. Y el comercio, a su vez, fué víctima de sus propios vicios y de su caótico desorden. Las diversas tentativas de ordenación comercial fracasaron ante el boicot de los especuladores y agiotistas. Y la riqueza española daba rendimientos exigüos. Su potencial era mal aprovechado. En el extranjero, y hasta en el interior, había mercados desprovistos y olvidados y otros en que la mercancía se acumulaba con exceso, pudriéndose y derrotando los precios. Se dilapidaban, por tanto, bienes que eran necesarios al país.

El Gobierno de la República ha acudido a remediar de raíz esta ruina estúpida, y, con energía basada en su conocimiento de causa y en la convicción de que realizaba obra sana y fructífera, ha creado los primeros organismos ejecutivos del comercio exterior: las Centrales de Exportación, que por orden cronológico son, hasta ahora, la de Exportación de Cebolla, la Central Pimentonera, organismo vertical que abarca todo el proceso de la producción, industrialización y comercio del Pimentón; la de Exportación de Uva de Mesa y la de Exportación de Agrios y sus derivados.

El Presidente de las Centrales, Sr. Fernández Suárez, Subsecretario Comercial afecto a la Dirección General de Comercio, las juzga como sigue:

—Eran necesarias, desde mucho antes de producirse la rebelión militar. Producida ésta, la necesidad se acentuó. Solamente el Estado estaba capacitado para tener en sus manos los resortes del comercio exterior, y sólo las Centrales podían garantizar al Estado el reembolso neto de las divisas y un rendimiento racional de la riqueza exportable. Las Centrales de Exportación no son rigurosamente empresas de Estado. Los productores tienen participación en ellas, que no anula la iniciativa privada, pero la canalizan al servicio del interés general. Aseguran al productor el valor íntegro del producto, eliminando la especulación. Por

otra parte, la concentración del negocio en una mano permite eludir, con respecto a la producción, los períodos de depresión de los mercados exteriores, haciendo que el productor perciba invariablemente la remuneración justa de su trabajo. El producto se distribuye racionalmente entre los mercados y se elimina la competencia en el exterior, con todas sus perniciosas consecuencias.

Respecto a su organización, dice:

—Las Centrales están regidas, como las empresas privadas, por un Consejo de Administración, cuyos miembros, representantes del Estado y de los productores, nombran al Gerente o Director Comercial y a veces también un Sub-Gerente. Los Directores y empleados de las Centrales, nunca son funcionarios. El personal es contratado y separado por el Consejo. Las Centrales tienen sendas representaciones comer-

ciales en el extranjero, con una Agencia general en cada país comprador y tantas subagencias como mercados.

Esta ordenación del comercio exterior es uno de los mayores aciertos del Gobierno. Al principio cierto sector de la opinión la acogió con recelo o con escepticismo. Hoy es una brillante realidad y la opinión unánime del campesinado está a su favor y tiene gran confianza en ella. Los productores nunca han obtenido mejores precios. El pago no ha sido jamás tan seguro e inmediato, ya que se paga en el acto de la compra.

Habla luego de los resultados prácticos obtenidos hasta el presente, y afirma:

—Las Centrales que han desarrollado ya una parte de la campaña, como son las tres primeras, tienen en su haber resultados extraordinariamente halagüeños. La cotización de la cebolla, que en Inglaterra venía siendo de 5 a 6 chelines la caja,

una vez en manos de la Central dará un promedio de unos 9 chelines. Además la mercancía tiene un seguro: cuando el campesino pone las cajas sobre el vagón, no corre ya ningún riesgo y se le abona su valor incluso en el caso de que sean totalmente destruidas por bombardeo. La Central corre el riesgo incluso antes de comprar y en distintas ocasiones lo ha pagado. A pesar de eso y cuando todavía no ha terminado la campaña, se calcula que la Central liquidará con un beneficio de 2 millones de pesetas, habiendo entregado ya al Estado divisas por valor de 12 millones de pesetas.

Si este año hubiera cosecha, tal vez se duplicaría los resultados absolutos y relativos de años anteriores, ya que relativamente están plenamente superados.

Se ocupa de las dificultades de orden material y circunstancial con que han tenido que luchar las Centrales, y termina:

—En toda la zona leal, la economía, a pesar de la guerra, tiene una marcha ascendente. Los rendimientos del trabajo han mejorado este año extraordinariamente, pudiendo afirmarse que en determinadas zonas incluso ha superado los mejores resultados. Los jornales han duplicado aproximadamente, no obstante lo cual ha sido posible el negocio.

El pueblo apoya espontáneamente la obra del Gobierno, convencido del acierto de la gestión y de la necesidad de una estricta disciplina en el trabajo.

daderos voluntarios, según se decía, respondieron con una resignada sonrisa que no. Pero un suboficial que vino inmediatamente a verme y que quería saber lo que había preguntado, me dijo muy vivamente: «Naturalmente, todos hemos venido por nuestra voluntad.» He oído decir, a veces, a los alemanes, que se habían imaginado de otra forma su estancia en España. En general, puedo asegurar que los italianos no son muy respetados «como liberadores», particularmente después de lo de Guadalupe. Los alemanes lo son más; les han sido reservados los mejores hoteles y en varias ocasiones hasta han sido saludados por españoles y españolas con el «Heil Hitler». No traté de saber si estas ovaciones eran sinceras o irónicas.

Entre los requetés, es decir, las tropas de los monárquicos y los falangistas fascistas, se producen de vez en cuando incidentes más o menos importantes en los lugares públicos. En una ocasión, se cometieron actos de sabotaje por los ferroviarios y se ejecutó a los que fueron declarados culpables. En varias ocasiones se hicieron grandes preparativos para celebrar la toma de Madrid, pero fueron, pasado algún tiempo, interrumpidos por el débil pretexto de que Franco prefería «salvar la capital». A veces, la policía ordena que se engalanen las casas de las calles principales de la ciudad. Sigue habiendo corridas de toros, pero son menos frecuentes que antes. El comercio con el extranjero se hace como se puede. El que quiera obtener mercancías de España debe enviar primeramente divisas; éstas son embolsadas por el Gobierno y el colega español obtiene pesetas calculadas según una cotización forzosa.

Como suizo, nunca he tropezado con dificultades. Pero el hecho de que un pasaporte suizo no es un talismán, lo prueba el caso de nuestro compatriota Juan Duss. Este era conocido como socialista, porque había hecho uso de la palabra en una asamblea antes de la rebelión de los oficiales. Fué expulsado con toda su familia por el Gobierno de Franco. Si hubiese sido español habría sido, sin duda, fusilado. Otro suizo, oriundo de St. Gallen, está encarcelado en Zaragoza. «Summa Summarum», no reina una atmósfera muy agradable en la España de Franco.»

(«Journal des Nations», 26-XI-37.)

LO QUE HA VISTO UN SUIZO EN LA ESPAÑA REBELDE

El «National Zeitung», de Basilea, publica, en su número del 23 de noviembre, el siguiente artículo:

«Un ciudadano de Soleur, amigo nuestro, que conoce muy bien la parte de España ocupada por los generales rebeldes, nos escribe:

«La situación no es en absoluto de color de rosa en Andalucía, y no se puede hablar de entusiasmo ni de un estado de espíritu victorioso. El costo de la vida ha aumentado en un 20 por ciento. En gran número de pensiones, los clientes viven a crédito porque se han quedado sin plaza y no pueden pagar. Algunos españoles se han refugiado secretamente en territorio republicano. Un cartel denuncia cuán grande es el temor al espionaje; dice: «¡Cállate, tu vecino puede ser un espía enemigo!». Por tanto, la gente calla, lo que podría dar la falaz impresión de contento. Pero el aumento de los impuestos directos e indirectos y el hecho de que las malas condiciones impuestas a la clase obrera inmediatamente después de la victoria de la

rebelión militar, ya con la supresión de la tarde libre del sábado, ya con la rebaja de los salarios, no permite que haya contento alguno. La mayoría de los habitantes de la ciudad en que yo me hallaba en el verano de 1936 votó en las elecciones de febrero por los socialistas, en gran parte debido a que los industriales y los grandes terratenientes habían saboteado siempre por todos los medios las leyes sociales de la joven República. Nos enteramos de la rebelión militar hacia media noche. Cuando oímos por radio la comunicación con Madrid, la voz grosera de un oficial anunció súbitamente que nuestra ciudad había sido ocupada militarmente por la Legión extranjera y que las tropas marroquíes iban a llegar de un momento a otro. Cuando los obreros, alarmados, fueron al Ayuntamiento a pedir armas, era ya demasiado tarde, el inmueble estaba ocupado por oficiales. Siguió algunas semanas agitadas durante las cuales se oyó fuego de fusilería por la noche. Luego llegó

Queipo de Llano y dictó medidas draconianas. Oficialmente, en esta ciudad, 300 personas fueron fusiladas durante un año. En realidad, su número fué 2.000. Toda persona de la cual se supiera que había tenido cualquier actividad política en el sentido republicano o socialista, era fusilada. Los socialistas calificados fueron fusilados en esta ocasión. Yo no he sido nunca socialista, pero he conocido socialistas españoles que estaban animados del más elevado ideal.

Transcurrieron varias semanas hasta que quedaron «pacificados» todos los pueblos de los alrededores. Viendo el aspecto de las tropas moras que volvían de su expedición con heridas en la cara producidas por perdigones, se comprobaba que no era el suyo un trabajo fácil.

Dos meses después de estallar la guerra civil, llegaron casi simultáneamente los primeros italianos y alemanes. Cuando interrogué, en cierta ocasión, a algunos soldados italianos, sobre si venían como ver-

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

LA SITUACION MILITAR

Ha pasado otra semana, y aun no ha empezado la gran ofensiva anunciada por los rebeldes. Como es natural, se busca una explicación de semejante demora, puesto que el aplazamiento del ataque que durante las seis semanas últimas ha sido pregonado con bombo y platillos no es de esperar que realce precisamente el prestigio de Franco en el extranjero, donde no ha parado de hablarse de esa gran ofensiva en masa, ni que levante la moral de la gente que se encuentra a retaguardia de las líneas rebeldes.

¿Cuáles pueden ser, pues, los motivos de semejante dilación? La respuesta parece estar en el hecho de que, a pesar del suplemento de hombres y material que ha podido trasladarse a otros frentes a raíz de la conquista del Norte, y no obstante la llegada de 30.000 legionarios italianos más en el transcurso de los tres últimos meses, los rebeldes no están tan fuertes como esperaban encontrarse o como habían hecho creer al mundo.

Examinemos las fuerzas con que cuentan. Actualmente tienen alrededor de 100.000 italianos, 20.000 alemanes, 10.000 portugueses, rusos blancos y de otras nacionalidades, y 30.000 moros. Estas son, por decirlo así, las tropas de choque de los rebeldes españoles. En total ascienden a 160.000, y es interesante señalar que ni un solo español figura en ellas.

Las tropas españolas de Franco se componen de guardias civiles, falangistas, requetés y, en su parte más numerosa, de once quintas de reclutas obreros y campesinos, que no sienten la menor simpatía hacia la causa por la que se ven forzados a luchar, y que, como elementos combativos, son palmariamente inferiores a las tropas extranjeras.

La legión extranjera que lucha al lado de los rebeldes es hoy mucho más débil que la que Franco trajo de Marruecos en agosto de 1936, ya que casi todos los combatientes curtidados han perecido, pasando a ocupar sus puestos nuevos elementos jóvenes y bisoños.

Demos ahora un rápido vistazo al ejército republicano. En julio de 1937, el Presidente Azaña declaró que ese ejército contaba con 500.000 soldados. De entonces acá, miles de hombres se han sumado a sus filas, y puede decirse con toda seguridad que el Ejército republicano español es tan numeroso como el de los rebeldes, incluyendo en éste a los 160.000 extranjeros que en él luchan. Dicho en otras palabras: desde el punto de vista numérico, el Ejército de la República es igual o superior a sus adversarios.

Pasemos ahora a la cuestión de las armas y equipos. Ha sido siempre éste un punto difícil, ya que los rebeldes han recibido consecuentemente aeroplanos, tanques, carros blindados, artillería y municiones de Italia y de Alemania, en grandes cantidades. A los republicanos, en cambio, la no intervención les ha impedido comprar los materiales que necesitaban para su propia defensa. De pocos meses a esta parte, sin embargo, han mejorado las cosas, ya que los republicanos han empezado a organizar las fábricas de material de guerra en todo el territorio leal, y especialmente en Cataluña. En la actualidad hay 285 fábricas destinadas a industrias de guerra, sólo en Cataluña, y ha sido en gran medida la decisión de aumentar el rendimiento de esas fábricas y construir más lo que ha movido al Gobierno a trasladarse de Valencia a Barcelona.

Aunque el Ejército republicano no está todavía, en lo que se refiere a armas y equipos, a la altura de los

rebeldes, va ganando terreno cada día en este respecto. Y si la organización de las industrias de guerra en el territorio gubernamental continúa en la forma en que se lleva actualmente, poca o ninguna ventaja llevarán bien pronto los rebeldes al Ejército republicano español, a pesar de la presencia de sus aliados extranjeros y de sus máquinas de guerra extranjeras.

La moral de los republicanos es superior a la de sus contrarios. Un síntoma de ello es que, a despecho de los preparativos que hacen los fascistas para su gran ataque, docenas de sus soldados españoles desertan todas las semanas para pasarse a las líneas gubernamentales.

Por lo que al orden bélico se refiere, los frentes han estado un poco más activos que en el mes pasado, pero sin que se hayan producido acontecimientos en gran escala. Los principales centros de actividad son el frente de Madrid y el que se extiende desde Teruel hasta Sabinánigo. A lo largo de estos sectores se han observado concentraciones de hombres y material de guerra, que la aviación y la artillería gubernamentales se han encargado de dispersar.

Los rebeldes han bombardeado varios pueblos y aldeas de las cercanías de Madrid, causando un gran número de muertes entre la pobla-

ción civil. En Ocaña, el hospital ha sido destruido por las bombas.

La aviación gubernamental se ha limitado a bombardear las posiciones enemigas del frente de Aragón. Un detalle interesante es el hecho de haber empleado por primera vez los republicanos escuadrillas nocturnas de bombardeo. Esto significa que en lo sucesivo, las concentraciones rebeldes se encontrarán en peligro en cualquier momento de las veinticuatro horas del día. Los rebeldes han hecho raids nocturnos, principalmente contra la población civil de la retaguardia republicana, incluso desde las primeras semanas de la guerra.

Todo el mundo está esperando que empiece la ofensiva rebelde, y su aplazamiento ha sido considerado como signo de debilidad. Mientras la opinión, en el extranjero, ante la invasión de China por los japoneses, tiende a dar por terminada prácticamente la guerra de España y considerar como una conclusión prevista su resultado, el pueblo de la República española abraza una convicción muy diferente. En Barcelona, en Valencia y en Madrid, todo el mundo sabe que la guerra no ha terminado, sino que está a punto de comenzar. Y todo el mundo está decidido a que no termine hasta que el último palmo de territorio español haya sido recobrado para la República.

LA OBRA DE MUSSOLINI

Desastrosa situación interna de Italia

Para justificarla, el grupo Starace crea el "clima de guerra" contra Francia

Roma, 4.—Del enviado especial de la Agencia Fabra:

El «duce» ha hablado. No se ha referido a los grandes problemas internacionales esta vez, sino que, aprovechando ciertas pequeñas polémicas de Prensa, entre los conceptos de democracia y dictadura, ha hecho fervientes elogios de su sistema y ha prometido un poquito de bienestar y de tranquilidad, a plazo breve.

El Gran Infalible, que a falta de sentimientos tiene buena policía secreta, sabe que la situación es inaguantable y es necesario un cambio. La guerra de Abisinia, la política de subversión permanente, el conflicto español, han impuesto al pueblo italiano tales sacrificios, que necesariamente habrá de levantar protestas en Italia.

El artículo de «Il Popolo d'Italia» sobre política internacional constituye un llamamiento al pueblo italiano. Es un artículo justificando las pesadas cargas impuestas actualmente al pueblo italiano, a toda la población, sobre todo a las clases populares y obreras, a base de alza de precios y rarefacción de productos alimenticios. En Italia el azúcar cuesta 13 francos el kilo; el café 55 francos el kilo; un litro de combustible vale 5 francos. Los artículos de lana han aumentado un 60 % y otros tejidos de 30 a 50 %. Pero no basta. Italia, encaminada por la

voluntad del «todopoderoso» hacia la autarquía económica, deberá forzosamente pedir, exigir mejor dicho, nuevos sacrificios a la población obrera y media. Claro está que, aprovechando el efecto moral causado por las sanciones, los dirigentes fascistas, recurriendo a los tópicos que tan buen efecto hicieron, recurren ahora a la demagogia fácil de decir a la opinión pública que todos los sacrificios económicos que deben consentirse son efecto de las hostilidades del extranjero que ha creado un verdadero bloqueo bajo las formas más diferentes contra Italia, desde la época de las sanciones. A falta de técnica, pues, el fascismo, que quiere aparecer como una doctrina científica, recurre a la propaganda, o sea al engaño.

«Il Popolo d'Italia» presenta un cuadro sombrío de la grave situación europea. Hace un llamamiento a los italianos para que se preparen a la guerra. Se trata del grupito de fascistas extremistas que con Starace a la cabeza han impuesto la continuación de la tragedia en España, las matanzas en Etiopía, y ahora quieren hacer creer que Francia tiene designios invasores contra Italia, a base de explotar los pequeños odios nacionales y crear una fosa irremediable entre los dos países latinos.—Fabra.

EL RIDÍCULO DEL COMITÉ DE NO INTERVENCIÓN

Un militar italiano ascendido a general

Por los «servicios prestados en España»

Roma, 4. — Los diarios anuncian que el cónsul de milicia, Ettore Muti, ha sido nombrado general, en reconocimiento «a los

actos de valor por los cuales sobresalió durante las peligrosas misiones que le fueron confiadas en España.—Fabra.

Los clubs socialistas y republicanos españoles de Cuba han sido asaltados y saqueados

El Gobierno cubano ha decretado la deportación de todos los extranjeros que fomenten los conflictos armados en el exterior del país

La Habana.—Laredo ha firmado un decreto ordenando la deportación inmediata de todos los extranjeros que «moral o materialmente» contribuyen a alentar los conflictos armados en el extranjero.

Parece que el Gobierno, con este decreto, quiere poner término a la difusión de las doctrinas llamadas extremistas. Poco después de la aprobación del decreto, varias personas, cuya identidad es imposible comprobar, entraron en

los inmuebles donde hay instalados el «Club Socialista Español» y el «Círculo de Republicanos Españoles» y saquearon los mobiliarios y archivos. Los dirigentes langistas cerraron también sus Clubs. El mismo decreto prohíbe a las sociedades que defienden en forma cualquiera a las organizaciones políticas o sociales extranjeras, serán disueltas. Se prohíbe la reunión para discutir las cuestiones políticas y sociales extranjeras. Fabra.

El "generalísimo" sueña despierto

¿Es sueño o es realidad? Franco, a punto de volver en sí de su delirio de grandezas imperiales, a punto de despertar en la dura realidad de la guerra española, ha hecho unas declaraciones sensacionales. Sus palabras de sonámbulo revelan cuál es su ambición y cuáles los obstáculos con que tropieza para llevarla a cabo. Su ambición es la victoria. El obstáculo supremo para lograrla, los frentes de combate. Franco ha prometido una ofensiva y la ofensiva no comienza. Si no fuera por la guerra, Franco sería ya el triunfador. Mientras tanto, el «generalísimo», Segismundo castrense, sueña durante la noche con que realiza lo que no pudo poner en práctica durante el día. Sueña sin

saber lo amargo que será su despertar. Adormilado aun, ha puesto unas condiciones a la paz pública para concluir la guerra. Son éstas:

Primera: rendición del ejército republicano y entrega total de la artillería.

Segunda: entrega de todo el material de aviación.

Tercera: ocupación por las tropas nacionalistas de Cataluña.

Cuarta: los dirigentes «rojos» serán juzgados en Consejo de Guerra.

Quinta: las provincias catalanas perderán su régimen de autonomía.

Sexta: se formará un Gobierno con plenos poderes.

Según el «Messaggero», los aviadore italianos al servicio de Franco, han derribado 455 aparatos republicanos!

Los que violan la No Intervención se vanaglorian de ello y continúan violándola. Las potencias democráticas, con una debilidad criminal, se dejan engañar y amenazar cada día más por la audacia de los agresores.

La Agencia Havas comunica de Roma:

«El «Messaggero» dedica toda su primera plana a «La audacia italiana» en el cielo de España. Publica la lista de aparatos derribados por los aviadore cuya cifra total es de 455.

Publica también la lista de los aviadore italianos muertos; consta de 35 nombres. El primero cayó el 1 de septiembre de 1936, otros siete fueron derribados el 25 de octubre de 1937.

En la misma plana puede leerse también el testamento del «as» italiano Luigi Lodi, escrito antes de su partida de Trieste, el 3 de diciembre de 1936, y unos llamamientos dirigidos a los nacionales italianos por el fundador del Tercio y el comandante de la aviación española.

Se darán los nombres de Guadalajara (!), Bilbao, Málaga y Santander a cuatro nuevas calles próximas al cuartel de la Milicia, en recuerdo de las batallas en que tomaron parte, en España, los legionarios italianos.

La locura guerrera de Gabriel d'Annunzio

Al lado de las fotografías de unos combates aéreos figura un mensaje de Gabriele D'Annunzio que comienza así: «La acción legionaria es una de las fuerzas imprevisibles que surgen de los propios acontecimientos, creación de muerte y creación de vida que domina a las fuerzas mismas que parecen constituirlos, que transforman todas las imágenes de España y exalta todos los prodigios de la velocidad con un solo acto de fe en el sacrificio, es decir, la más alta de las vocaciones terrestres.» (!)

Todos estos documentos están sacados de un folleto que será publicado con el título de «Edizionale Aeronautico».

(«L'Humanité», 3-XII-36)

Los aparatos, los pilotos y los radiotelegrafistas de la Compañía «Iberia», que tienen a su cargo los servicios aéreos de la España rebelde, son alemanes

Hendaya, 27.—Comunican desde San Sebastián que la Compañía «Iberia», encargada del servicio aéreo en la España rebelde, Tetuán a Vitoria por Sevilla, Salamanca y Burgos, va a prolongar esta línea hasta San Sebastián cuando se termine el nuevo aeropuerto de Lasarte.

Con este motivo, se recuerda que todos los aparatos de la compañía son alemanes, así como sus pilotos y radio-telegrafistas.

Continúa la "limpieza de la retaguardia"

Después de una noche de intranquilidad—esas noches de Burgos de entonces, en tinieblas, pobladas de chillones y claxons ronc—, la voz del alguacil, que nervioso golpeaba mi puerta, me despertó, sobresaltado.

—Don Antonio... Levántese, que tenemos otros siete «fiambres».

Me incorporé adormilado, y respondí maquinalmente:

—Espéreme en casa del juez, que me arreglo en seguida.

El alguacil marchó lentamente, y aun se oían sus pisadas, cuando empecé a vestirme nerviosamente.

«Siete «fiambres» más! Las crudas palabras resonaban aun en mis oídos; llevábamos así veinte, cuarenta... no sabía ya cuántos días, pues había perdido la cuenta de aquel período de pesadilla.

Aquel constante espectáculo, de emotividad insuperable, excitaba fuertemente mi sensibilidad; aquellos repetidos hallazgos, que nosotros apuntábamos, forzadamente, en el registro de «Hechos de autor ignorado», pesaban como losa sobre mi conciencia, cual si en aquellos crímenes tuviera alguna participación o complicidad.

Salí a la calle, dirigiéndome al domicilio del juez; la madrugada, fría como todas las de Burgos, envolvía mi espíritu deprimido en un tinte pardo de miseria y desaliento.

Pasé junto al edificio de los jesuitas, inmenso caserón convertido en cuartel, y su vista trajo a mi memoria aquel pleito célebre de que había sido objeto tal edificio unos meses antes de mi llegada. El Estado republicano, en cumplimiento de leyes votadas en sus Cortes, pretendió incautarse de él, pero la Compañía de Jesús, más fuerte o más hábil, se opuso y logró evitar la entrega del edificio, alegando, en curulesca estratagema una venta ficticia de fecha anterior. Y el Estado, republicano, popular y laico, tuvo que pasar—envuelto en las mallas de una justicia reaccionaria—por aquella burda maniobra...

Con cuánta facilidad—pensaba yo—, ante el alzamiento militar, habían sabido los padres jesuitas allanar todos los obstáculos para que el hermoso edificio sirviera de mansión a las fuerzas; y eso que ya no les pertenecía, según dijeron en el pleito, pero el fin de la rebelión patriótica y religiosa justificaba no parar mientes en una simple escritura, como hizo aquel ingenuo Estado republicano, atacado de legalismo...

El mando de las fuerzas alojadas, agradecido al gesto de la Compañía, había concedido a ésta el privilegio de asistir, en «exclusividad», a los reos en sus últimos momentos. La Compañía, agradecida, había organizado, al mando del bizarro padre Leturio, famoso en la región, un equipo de confesores que turnaban en el macabro servicio...

Atravesando el Puente Viejo me ocurrió un incidente vulgar, pero significativo: dos pobres zagales, con la ropa deshecha y sucia, pero el gorro militar y el corraje relucientes, se precipitaron sobre mí, con un azoramiento innegable.

—¡Manos arriba!—dijo uno de ellos, colocándome el fusil al pecho.

—¡Bárbaro!—le respondí, desviando el cañón—; no ves que puede dispararse involuntariamente, llevándolo cargado.

Inmóvil, acentuando su mirada bovina, no me contestó nada.

—Soy autoridad—le dije, viendo que insistía en su actitud.

—¡Ah!, entonces, usted perdónese—se disculpó el pobre muchacho, y saludando militarmente y con el mismo azoramiento, se separó para dirigirse a otra persona que en aquel instante cruzaba el puente.

—¡Manos arriba!—le oí gritar, con el mismo gesto y entonación; no quise preocuparme más de aquel rústico, cumplidor torpe de imprudentes órdenes, y me alejé rápidamente.

Cuando llegué a casa del juez me esperaban en el portal, junto al coche del Juzgado, el alguacil y dos personas más. Una de ellas era un oficial de la guardia civil, jefe de un puesto cercano y famoso en toda la línea por su «tacto e inteligencia de mando».

Comprendí, al oírle, que había habido actuación aquella noche y que venía a servir de guía y orientación en la expedición obligada. Por algo imponderable e indefinido, aquel individuo con quien crucé apenas la palabra en ocasiones aisladas, me tenía poca simpatía, y por esta razón no quise hacer pregunta alguna sobre el hecho que nos reunía.

La otra persona que esperaba mi llegada era un tipo notable y digno de estudio. Aprovechándose de la amistad relativa que le unía con el juez, y con gran descontento de éste, valíase de ella para asistir a todos los hallazgos de cadáveres y demás actos análogos. Era un hombre de avanzada edad, seco, cetrino y vestido

Inquirió con un fulgor sádico en los ojos, si alguno de «aquellos fiambres» que nos esperaban era el del general Batet, ya condenado a muerte.

siempre de luto riguroso, que entonaba perfectamente con los cuadros a que asistía.

Me saludó deferentemente y explicó que habiéndose levantado como de costumbre para asistir a misa, había visto el coche del Juzgado y al alguacil, y como tenía algún tiempo todavía, nos acompañaría si no nos causaba molestia.

En términos de gran regocijo comentó que, por lo visto, «hoy se trataba de peces gordos», que era precisamente lo que hacía falta, «que cayeran muchos de los de cuello y corbata» y no solamente los «desgraciados». Inquirió con un fulgor sádico en los ojos, si alguno de «aquellos fiambres» que nos esperaban era el del general Batet, ya condenado a muerte y cuya ejecución esperaba de un momento a otro, temiendo que se le escapara, quedando muy decepcionado cuando el oficial le aseguró que no se trataba de él, pues «ése moriría con todas las de la ley y con formación de causa», decepción, sin embargo, que no le llevó a abandonar el espectáculo preparado.

Nos acondicionamos todos con estrechez en el coche oficial y tomando la carretera de Valladolid pasamos el fiato, deteniéndonos al final de una subida algo pronunciada; allí nos internamos en una vereda y llegamos a un pequeño altozano en el que la presencia de varios números de la guardia civil y de las brigadas del depósito funerario indicaban que era el sitio de autos.

El oficial, perfecto conocedor del sitio, nos dirigió a un sembradillo y en una zanja cercana que aparecía recientemente removida, ordenó excavar a los empleados del depósito.

Lejana, la silueta del Penal se destacaba en el horizonte; entre el silencio sepulcral de los reunidos, las paletadas de los obreros chirriaban al tropezar con las piedras del terreno.

Uno tras otro, terriblemente desfigurados por las heridas y la inhumación, alguno con destrozos causados por los paletazos, se extrajeron siete cadáveres que se colocaron en fila ante nosotros. Se reconoció en seguida a todos ellos: el coronel Mena, primer jefe de la guardia civil; el teniente coronel de caballería Rubio Saracibar; dos industriales de Burgos, «El Riojano» y Abad, agente comercial y concesionario de conservas; el capitán Marín, de la guardia civil, y dos obreros del directo Madrid-Burgos.

De las explicaciones dedujimos que el coronel había sido ejecutado por haber obedecido las órdenes del gobierno de Madrid y enviado allí ciertos presos, entre ellos el general González Lara; el teniente coronel y el capitán Marín, cuya aparición nos emocionó sobremedida, por haber trabajado frecuentemente en el Juzgado, fueron fusilados por haber acompañado a los mencionados presos; los dos industriales, por pertenecer al Socorro Rojo Internacional, «del que cobraban mil duros mensuales», y los dos obreros, por... no ser «trigo limpio», frase cuyo alcance no comprendí, pero que debía ser definitivo, por los asentimientos que mereció, singularmente por parte del acompañante enlutado.

Los siete desventurados cuyos cadáveres teníamos delante, habían sido sacados del Penal aquella noche, simulando un traslado de prisión, y llevados allí, donde se les hizo saber que no iban trasladados, sino que iban a ser pasados por las armas.

Todos se mantuvieron serenos, a excepción de uno de los industriales, que lloraba y gemía, jurando que él era inocente y que no había hecho nada.

—¡Claro! Qué iba a decir el muy canalla...—comentó el enlutado.

El coronel Mena, republicano, antes de morir se quitó una sortija y encargó a uno de los ejecutores que se la entregara a su hija, rogándole que la consolasen en lo posible, pues la pobre no sabía nada.

—Como se perdió mucho tiempo en estas y otras «ternezas»—dijo alguien—, se hizo de día y hubo que apresurar la cosa, enterrándoles malamente.

—Las prisas nunca son buenas—dijo otro—. Así se quedaron, casi a flor de tierra, y esta mañana se conoce que algún perro ha escarbado y unos pastores han visto, al pasar, la mano de uno, avisando al Puesto y al Juzgado.

—Esto no puede ser—continuó—; hay que hacer las cosas bien; porque, además, se molesta a estos señores sin necesidad.

A pesar de que todos sabían perfectamente quiénes eran los aparecidos, nadie osó reconocerlos oficialmente,

te, y tanto en el cementerio—al que fueron trasladados los cadáveres—como en los folios sumariales, rezó la repetida y fatídica inscripción:

Siete cadáveres desconocidos.

Hallados en el altozano, junto al kilómetro 102 de la carretera de Valladolid.

Cuando, cumplido nuestro deber (!), regresábamos a la ciudad, uno del grupo se volvió para decir:

—Señor juez, no hemos terminado. Nos queda aún una «sardina» que ha aparecido esta mañana en el río, junto al Puente de Frandosvinez.

Y celebraba la ocurrencia con risotada nerviosa.

Nos trasladamos todos al sitio expresado, sito también en nuestra jurisdicción, descendiendo junto al río, por la orilla izquierda, bajo uno de los arcos del Puente de Frandosvinez.

Allí, en el ribazo encharcado, se hallaba «la sardina», un hombre tendido boca abajo, vestido correctamente, de americana y pantalón marrón.

El alguacil movió el cuerpo exánime y quedó tendido hacia arriba; el rostro manchado de sangre y barro, con las cuencas vacías y un globo ocular colgante, nos impresionó duramente.

El desgraciado tenía las manos atadas con fuerte ligadura, y debió ser tanta la angustia de su agonía y el esfuerzo tan vivo en sus últimas convulsiones, que las muñecas se hallaban con graves heridas producidas por la cuerda hiriente.

Registrado, se le encontró en los bolsillos el tenedor y la cuchara, reveladores de su procedencia del Penal, unos papeles impresos y una carta con un retrato.

El retrato, manchado de sangre y barro, era de una mujer joven que sostenía en sus brazos una niña delgadita y de mirada triste.

La carta estaba firmada por «Goyita», y en ella, aquella pobre mujer consolaba y daba esperanzas al desgraciado, hablándole de su pronta liberación, «ya que nunca has hecho nada».

Al final, algo más emocionante crispó mis nervios; después de la firma aquella, una mano infantil había trazado torpemente:

«Papito muchos besos y abrazos de tu Nenita.»

Nada se ha hecho por reconocer e identificar estas siniestras apariciones; difícil será tal labor, ya que los documentos y señales correspondientes desaparecieron antes de nuestra llegada, en la mayoría de los casos, pero el anteriormente relatado, la carta y el retrato ocupan uno de los folios sumariales, y algún día una mujer y una niña desventuradas podrán llorar junto a los restos del ser querido, asesinado fríamente una noche bajo el puente de Frandosvinez; del hombre ante cuya muerte no se detuvo la maldad y el odio, y que un día provocará la ruin chanza, oída por mí con rabia impotente:

«Ha aparecido una «sardina» junto al río.»

(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana, secretario judicial de Burgos.)

Los marroquíes se sublevan contra la autoridad del ex-general Franco

Tánger.—Se conocen nuevos detalles acerca de los gravísimos sucesos ocurridos en Xauen y que han tenido repercusión de mayor importancia en Tetuán.

Promovió la revuelta un tabor de Regulares, porque los soldados protestaron del pésimo trato de que eran objeto, negándose además a embarcar para España. A los sublevados unieron gran número de indígenas viéndose obligadas las autoridades a reclamar la intervención de las fuerzas de guarnición en Bataba, que dominaron difícilmente la situación.

Como consecuencia de los sucesos practicáronse gran número de detenciones. Tres indígenas de prestigio, considerados como promotores, han sido pasados por las armas.

Los ánimos se hallan muy excitados, hasta el punto que las autoridades militares, con el fin de atemorizar a la población civil, han anunciado la llegada de tropas italianas para garantizar el orden.

Abdehalla Torres, cuyas recientes actuaciones en contra de los militares facciosos le han valido ser detenido. Según una versión ha sido trasladado a Salamanca en avión, aunque la creencia más generalizada es que se halla encerrado en su casa de Tetuán, sometido a estrecha vigilancia.

La triste situación de Andalucía

Aun hay corridas de toros, pero no se puede hablar ni de victoria. — La voz brusca de un militarote anunció en Sevilla, ganada electoralmente por las izquierdas, la entrada de legionarios y marroquíes

Una prestigiosa persona de nacionalidad suiza, que hasta hace poco tiempo ha convivido con los rebeldes en Andalucía, refleja su impresión sobre lo que ha visto de la zona facciosa, en los siguientes términos:

LA REBELIÓN MILITAR

A medianoche nos enteramos de la rebelión militar. Esperábamos, a la hora de la cena, que la radio de Madrid transmitiese noticias, cuando una voz autoritaria, con acento brusco, anunció que Sevilla, ganada electoralmente por las izquierdas, había sido tomada por legionarios y marroquíes, que en avalancha caían sobre la ciudad.

Los obreros corrían alarmados hacia el Ayuntamiento pidiendo armas, pero nada pudieron hacer, pues los militares habían ocupado los principales edificios. Siguió luego algunas semanas de profunda inquietud. Las izquierdas no se resignaban a sucumbir sin lucha, y cientos de personas mantuvieron vivos tiroteos durante la noche. Luego, apareció Queipo de Llano, cuya actuación llenó de terror a la población.

REGIMEN DE TERROR

Oficialmente se fusilaron en Sevilla 300 personas. La cifra exacta no es conocida, pero desde luego sobrepasa la de 2.000. Fueron juzgados sumárisimamente todos los que hicieron propaganda por el Frente Popular en las últimas elecciones. Destacados socialistas del más noble idealismo fueron muertos vilmente.

Las persecuciones se sucedían, los encarcelamientos aumentaban y el terror se extendía en forma tal, que la seguridad personal estaba sujeta a cualquier delación o a la más simple

sospecha. No era garantía, ni lo ha sido después, contar con pasaporte extranjero. Un suizo, Juan Dusz, conocido socialista, fué expulsado del territorio rebelde. De haber sido español se le hubiera fusilado inmediatamente. Otro suizo, apellidado Gallér, poco grato para los facciosos, fué deportado de Andalucía y encarcelado en Zaragoza.

Varias semanas tardaron los rebeldes en dominar los pueblos inmediatos a la capital, después de haber cometido toda clase de crímenes y desmanes, empleando en ello tropas moras, que regresaban a Sevilla con muestras evidentes de la resistencia heroica que se les hacía en sus sanguinarias excursiones.

LA INVASION EXTRANJERA

Exactamente, dos meses después de haber estallado la rebelión, casi al mismo tiempo, llegaron los primeros italianos y alemanes.

Preguntados unos soldados italianos si habían venido a España, como se decía, voluntariamente, lo negaron con sonrisa resignada; y un suboficial que escuchó la conversación replicó vivamente: «¡Pues claro que hemos venido todos voluntariamente!». Los alemanes decían haberse imaginado de muy distinta manera su estancia en España.

Los italianos no han gozado nunca de gran simpatía, y a raíz de la derrota que sufrieron en Guadalajara, perdieron por completo el escaso respeto de que gozaban. Los alemanes tienen mayor prestigio. Se les reservaron los mejores hoteles y en ocasiones eran saludados por los españoles con un «¡viva Hitler!». Aunque estas exclamaciones tenían por igual espontaneidad e ironía.

En los muros de Sevilla se lee to-

davía un cartel en el que aparece esta frase de Mussolini: «El rey es el símbolo de la patria.»

INQUIETUDES Y DIFICULTADES

Hace ya varios meses que el mal-estar es continuo y las discordias permanentes entre falangistas y requetés, que hacen causa común cuando de combatir a los extranjeros se trata. Las reyertas entre unos y otros adquieren cada vez mayor importancia.

Para celebrar la toma de Madrid se hicieron en varias ocasiones grandes preparativos, que llegaron a sembrar una desmoralización que los facciosos pretendían contener con la razón increíble de que Franco no quería destruir la ciudad para tomarla en su integridad.

El comercio exterior se desarrolla con grandes dificultades, pues todo el que quiere obtener mercancías de la España rebelde, salvo las privilegiadas Italia y Alemania, ha de enviar por adelantado las divisas, que quedan en poder del Gobierno, recibiendo el comerciante español, a cambio, el importe de sus géneros en pesetas, con arreglo a la cotización oficial.

Durante un año, con cualquier motivo se organizaban desfiles, manifestaciones y fiestas, a las que el vecindario era obligado a acudir, para lo que la guardia cívica y la policía ordenaban la colocación de banderas en balcones y fachadas y tocaba los timbres, obligando a los inquilinos de las diferentes casas a que bajarán de sus habitaciones y se sumaran a las manifestaciones.

En más de una ocasión se habló de actos de sabotaje realizados por obreros de ferrocarriles y de las fa-

bricas, seguidos del fusilamiento de aquellos a los que se consideraba como culpables.

Y a todo esto, durante el pasado verano aun se han celebrado corridas de toros, sin perjuicio de que el régimen de silencio impuesto impida hablar hasta de victorias rebeldes, viéndose cómo las gentes se ha-

blan, encorvado el cuerpo, la cabeza oscilante a derecha e izquierda, la voz baja y la mirada desconfiada.

En esto ha quedado convertida la alegría y el color rosa de Andalucía. Es, en resumen, la tónica que preside todo el campo español sometido al predominio de Franco y sus aliados extranjeros.

Desastrosa situación en Bilbao

Escasez de dinero, suscripciones forzosas, persecuciones, represiones y fusilamientos sin límites

Hendaya. — La situación de Bilbao empeora cada día. La escasez de dinero después de la anulación decretada por los facciosos de los viejos billetes del Banco de España hace que los propios Bancos se encuentren en tan precario estado que no puedan facilitar insignificantes cantidades de dinero.

Las llamadas listas de suscripciones de oro y moneda extranjera no son otra cosa que forzadas colectas, en las que están obligados a figurar las figuras de cualquier relieve. Así podemos leer en una de las últimas listas que el Gerente de la «Baskonia» e incluso uno de sus pequeños socios han tenido que cotizar «voluntariamente» 1.500 y 20.000 pesetas respectivamente.

La represión adquiere ilimitados caracteres de brutalidad. No se dan a conocer los Consejos de guerra y solamente son conocidos por su efectividad los fusilamientos y las deportaciones. Las detenciones prosiguen por millares y cualquier denuncia es buena. Los edificios que hasta ahora venían

destinándose a prisiones están abarrotados que ya se están preparando buen número de barcos anclados en la ría para aquel mismo fin.

El cementerio Dorio es el escenario tétrico de los fusilamientos en masa. El terror de la población vizcaína va en aumento.

Los moros están de fiesta

Berlín, 3. — La Agencia oficial nacional-socialista DNB publica una información de fuente rebelde española, según la cual «la paralización que se observa en las operaciones militares en los frentes de Andalucía obedece al hecho de que los moros celebran las fiestas del Ramadán, y se inhiben totalmente de las preocupaciones bélicas de Salamanca». — Fabra.

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

negar el derecho que la naturaleza y Dios han dado a la familia y a la Iglesia en el dominio de la educación. Sobre ese punto no diremos que somos intratables, porque eso no es una virtud, pero sí diremos que somos solamente intransigentes, como lo seríamos si se nos preguntase cuántas son dos y dos... Cuando se trata de salvar un alma o de evitar mayores males a las almas, sentiremos el valor de tratar con el diablo en persona.

Y estas otras:

Repítase el término «Estado católico», pero también el de «Estado fascista». Lo aceptamos sin dificultad especial y hasta de buen grado; pero sin ninguna duda, ello quiere decir que el Estado fascista, tanto en el orden de las ideas y de las doctrinas como en el de las acciones prácticas, no quiere admitir nada que no esté de acuerdo con la doctrina católica... En materia de matrimonio, el Concordato procura a la familia, al pueblo italiano y al país, más que a la Iglesia, un bien tan grande que por él solo hubiéramos, de buena gana, sacrificado la vida.

Tiéntese razón al decir que el católico practicante deberá celebrar un matrimonio canónico. Pero es erróneo añadir que, jurídicamente, nadie puede obligarle a ello. La Iglesia, sociedad perfecta en su especie, puede y debe hacerlo con los medios que le pertenecen. Lo hará y lo ha hecho, declarando fuera de la comunidad de los fieles a aquellos de sus miembros que quisieran pasar por alto o diferir el matrimonio religioso prefiriendo sólo el matrimonio civil.

Pero el eco del trueno que anuncia la tempestad resuena aún cuando la tormenta se ha disipado. Pocos días después, la ley constitucional de la ciudad del Vaticano reconocía solemnemente a las leyes fundamentales de la dictadura, incluyendo en ellas, claro es, la ley monstruosa del 25 de noviembre de 1926 que crea el Tribunal excepcional y restablece la pena de muerte para los más graves delitos de «leso-fascismo», el carácter de

...leyes conformes con los preceptos del derecho divino y con los principios generales del derecho canónico (Artículos 3 y 4.)

Inmediatamente después, una vez desaparecidos los equívocos, los dos antiguos antagonistas, desbordando de confianza el uno por el otro, se aprestaron, cogidos de las manos, a abrir nuevos cauces a la irradiación de las dos místicas con las cuales simbolizaban, cada uno por sí, con sus títulos tan soberbios y tan diversos, por lo menos la pretensión a la soberanía absoluta.

En vísperas de la guerra de Etiopía, cuando los preparativos para la agresión militar estaban en su apogeo, el soberano pontífice—rencoroso con los abisinios, tal vez porque tienen negra la piel y adoran a Cristo en humildes cabañas y no en basílicas suntuosas—, el mismo pontífice que, en abril de 1934, se dignó, con extrema benevolencia, ofrecer con sus santas manos la comunión pascual a los verdugos cubiertos de sangre de Alemania, Austria, y Hungría, sintió la necesidad de participar piadosamente a los fieles del mundo entero su preocupación por discriminar la guerra «justa» de la guerra «injusta», tratando de antemano de representar como fatal la necesidad para la Santa Sede de calificar de justa la guerra que estaban emprendiendo los «camisas negras» ¡por la civilización de Etiopía!

Una vez iniciadas las hostilidades, el clero italiano, el alto clero, sobre todo, como obedeciendo a una consigna perentoria, no dudó un solo instante en presidir, en los templos y en las plazas públicas, las más degradantes manifestaciones de propaganda bélica.

Gaetano Salvemini, armado de una documentación impresionante, demostró cual fué durante los años 1935

y 1936, el apoyo de la iglesia católica en la legitimación y consagración, seudo espirituales—a los ojos de la gran masa de creyentes—de las tesis esenciales del imperialismo fascista. (1).

Y no quiero insistir.

Bástame recordar que, a veces, los ministros del culto llevaron tan lejos su celo guerrero en la aplicación de las instrucciones papales, que los fieles, en muchos sitios, tuvieron que montar la guardia día y noche ante las reliquias conservadas en sus iglesias para impedir que los ornamentos de metales preciosos fuesen ofrecidos por sus pastores para la compra de instrumentos de muerte.

La colaboración del Vaticano con el fascismo, cesó, desde entonces, de hacerse cada vez más íntima. Por intermedio del fascismo italiano, el Vaticano tardó en erigirse en alto patrón de todos los fascismos.

El acto oficial que había de consagrar esta cohesión fué la alocución pronunciada por Pío XI el año pasado en la inauguración de la Exposición mundial de la prensa católica, alocución con la cual el Santo Padre, sumándose a las excitaciones del duce y del führer, encadenó la cruzada santa contra el comunismo, enemigo que no debe, en lo sucesivo, conocer gracia alguna por parte de todo buen cristiano.

El fuego así encendido no podía menos de prender en el corazón de los católicos y de los laicos de todos los países cuyo emblema gubernamental había sido trocado, a bajo precio, por la insignia de la dictadura.

En agosto de 1936, los obispos alemanes reunidos en Fulda, olvidando o dominando sus innumerables quejas, se apresuraron a extender su famoso mandamiento:

Sólo reclamamos el derecho sagrado que hace años, el propio führer declaró solemnemente a la faz del

(1) Ayer aún, el 26 de febrero de 1937, Su Eminencia el cardenal arzobispo de Milán, Monseñor Schuster, de dulce apostolado italiano, después de proclamar con énfasis que el duce representaba, realizándolas, las figuras, sin embargo incomparables, de los más gloriosos emperadores romanos, dirigió su «saludo de agradecimiento», a las invencibles legiones que ocupaban Etiopía para asegurar a este pueblo la doble ventaja de la civilización imperial y de la fe católica.

(Continuará)